

SAZON DE LA CANCION AUTOCTONA.

Ignacio Lasso es uno de los más animosos y mejor cultivados escritores ecuatorianos de la nueva generación. Es poeta de fina sensibilidad y gusta de practicar algunos escarceos en el terreno de la crítica. Ocupa la secretaría en la Biblioteca Nacional de Quito y, como parte de sus labores, tiene a su cargo el sostenimiento de "Mensaje", el órgano de dicha Biblioteca.

En realidad no existe la canción autóctona. Y no se puede hablar de un contenido específico de la copla indígena. El indio no sabe acomodar la palabra a la melodía: su instinto musical purista no admite la mixtura de los vocabularios. Descartado el jaíchigua, coro ritual de eclosión terrígena con un sentido religioso-cosmogónico, por lo demás herencia del Incario, no se encuentra en el folklore ningún acoplamiento espontáneo de lírica y música. Los abruptos acordes de la lamentación aborígen saltan de la escala pentatona a un vasto silencio poblado de resonancias. Sin embargo, podría asimilarse a la canción—especie de canto jondo fúnebre—la tesitura desesperada del llanto de las plañideras; y también esa cierta guaza onomatopéyica de los jolgorios, en los que el humor silvestre y constreñido del indio se trenza al ritmo del sanjuán con un obstinado acento zumbón.

Estos ingredientes de base hacen la fórmula de la canción típica y la caracterizan. Así surge el folksong regional cuya filiación mestiza es inequívoca. La tara ancestral de la música india, la angustia telúrica que inunda el altiplano surcado de volcanes, la melancolía mitimae, la resistencia pasiva al mal, la tremenda soledad de los espíritus en la cárcel del cuerpo, la fatiga muscular de la fuerza, la sumisión inevitable al desastre, la fidelidad agraria, la ternura comunal de las familias, el magnífico sentido del espacio: todo ésto y tantas cosas más, palpitan al fondo del pasillo ecuatoriano, del sanjuán, del yaraví, de las modalidades de importación, a las cuales el mestizo les ha prestado un élan inconfundible, un amargo y triste contenido, una fuerte nostalgia turbadora de tan recias sacudidas capaz de lograr efectos fisiológicos de ablandamiento, de laxitud, de inercia.

El indio—tipo humano colectivista—sólo siente el canto en colectividad como necesidad expresiva de un anhelo religioso y cívico: el indio sólo canta en rito y en acción de gracias.

La copla es sublimación erótica, es amor individualizado, es ternura movida por acicates sexuales, es impulso lírico embutido en música. El indio está lejos de sentir y asimilar la copla, su música se emite sola como un lamento arrumbado de lágrimas agudas y lancinantes. Es el cholo quien aprovecha el sedimento espeso y rico de la sentimentalidad del indio para decir toda la magnitud de su ensueño.

Introvertido y huraño, sólo el lenguaje incoherente de la música le hace estallar al indio en esa congoja pertinaz de quenás y rondadores llorosos, de violas que lastiman el alma, de bocinas estranguladas en un trémolo de odio y de tambores con su atormentada e imperiosa orden de marcha.

Mientras el negro teje el áspid de su ardoroso instinto, de su lujuria mágica, de su horror elemental en lianas selváticas de ritmo; el indio depura y alarga su melodía sin desarticularla y más bien soldándola en un puro sentimiento de integración cósmica por virtud del gran dolor ecuménico.

La enorme soledad del hombre en el exilio, su condición de paria, la desposesión de su tierra, de su historia, de todo instrumento de defensa; sus incertidumbres en el futuro y sus cuitas de cada momento que hacen más patente y reiterado el infortunio: producen la angustia infinita de la música india tan parecida en esto a la música rusa. Así, en la noble solidaridad de la música se identifican el estepario mujik y el siervo de la gleba americana.

Advertimos en la copla mestiza un fermento conmovedor que nos abate, nos deprime y nos enardece: con su dulzura de sufrimiento quieto, con su inefable contacto, con su tristeza honda, y a veces con su rencor feroz de piedra golpeando el pecho, o de lanza buída atravesándonos la garganta.

Música dilacerante de un fraternal dolor universal: cuando logre vaciarse en los grandes moldes clásicos para su conocimiento y apreciación, nuestra música autóctona conquistará el mundo mucho más que la música negra.

Setiembre de 1937.
Quito—Ecuador.

IGNACIO LASSO.